

cion. No gozan más sueldo que las gratificaciones que el Emperador les quiere dar ó el botin de la guerra: estos contingentes deben presentarse armados y montados, segun lo que por el cupo general corresponde á cada uno. Una gran parte, y la menos mala, es caballería. Los pueblos de las sierras y el desecho de la nación surten la infantería. Todo este contingente nacional, en su mayor parte, constituiría una muchedumbre mal armada, peor vestida, sin instrucción, indisciplinada y más temible al monarca que á sus enemigos. Se calcula que esta especie de leva asciende á unos 30,000 hombres.

Los pequeños cuerpos de vigilancia y seguridad pública en las ciudades, constituyen una especie de milicia nacional, cuyo total es difícil calcular con exactitud á causa de su continua variación de número y de la falta de datos. Son alistados en estas milicias locales los hombres más acomodados en cada ciudad. De todas maneras, como fuerza activa esta milicia es insignificante, y solo podría dársele alguna importancia cuando se tratase del sitio de la plaza en que cada una se halle. En Tánger, por ejemplo, hay 500 artilleros no uniformados y todos artesanos, cada uno de los cuales percibe 60 reales al año, y puede ejercer su oficio mientras el servicio de la plaza no le ocupe, lo cual sucede rarísima vez.

	<u>Infantería.</u>	<u>Caballería.</u>	<u>Artillería.</u>
Total permanente de ejército irregular (próximamente).	8,000	20,000	1,000
Ejército regular ya calculado (id.).....	<u>2,000</u>	<u>12,000</u>	<u>100</u>
Suma.....	<u>10,000</u>	<u>32,000</u>	<u>1,400</u>

Total aproximado del ejército marroquí. . . 43,400 hombres.

En caso de apuro, recargando los contingentes de las tribus y ciudades, dejando desguarnecidas las plazas contra el pillaje de los kabilas y árabes errantes, comprometiendo gravemente su corona y hasta su persona en brazos de la insurreccionaria muchedumbre, heterogénea en razas, y bárbara en su mayor parte, el emperador de Marruecos se cree podría hacer subir esta cifra de su ejército á 100 ó 150,000 hombres, y aun algunos la llevan á 200,000. Pero llegado este caso, es seguro que aparte de los anteriores peligros, la falta absoluta de comunicaciones, provisiones, material, trasportes y demas elementos indispensables para asegurar la subsistencia de un grande ejército, reducirían inmediatamente el marroquí á la insurreccion ó á su disolucion, si es que lograse verse reducido hasta aquel número. Tampoco se puede aducir como ventaja el gran tesoro del despota marroquí, para aumentar ó crear su ejército y marina; pues sabido es que si bien el material movible se adquiere al momento con dinero, de nada sirve sin un personal bien instruido, y este ni existe en Marruecos ni es fácil crearlo en pocos años.

El ejército marroquí se organiza en cáfilas, cuya fuerza y método colectivo por batallones, es semejante al de nuestros regimientos; cada provincia militar, de las cuales tiene el imperio treinta, á mas de los gobiernos de Tafilète, Resart y algunas comarcas de los Amazirgas, tiene su territorio y sus especiales fuerzas á cargo de un bajá; á este sigue en categoría el mocademe ó coronel, ó bien un caid el jamsi (comandante de cinco batallones); á estos sigue el alcaide, que segun su categoría manda desde 25 hasta 500 hombres.

En las tropas no rige código alguno, mas que en las regulares el Korán sobre el que juran al alistarse, y el cual guardan en una tienda especial en el centro de sus campamentos. Su táctica debe estar reducida á algunas estratage-

mas y zalagardas, y á alguna instruccion meramente individual sobre el manejo de las armas, etc. Rara vez se ha verificado en aquel país transporte de provisiones. La tropa suele llevarlas por sí misma para algunos dias. La ley de suministros para el emperador y su escolta, se hace aprontando á él y su tropa las poblaciones por donde transitan, víveres para tres dias. Todo lo que el pedido esceda de esta cantidad, se descuenta luego al pueblo respectivo de su contribucion. Los bagajes se hacen embargando violentamente los pesados camellos y las caballerías á sus dueños, y solo se usan para el transporte de la artillería y los acopios de pólvora y municiones. Todo, en fin, se resiente del atraso de civilizacion en que el país se halla.

La marina imperial consistia hace un año (4), en 1 fragata, 2 corbetas y 18 bricks, goletas y chalupas cañoneras, todo mal tripulado y con un total sobre el mar de 30 á 40 cañones. En cambio, las patentes de corso que en caso de guerra da el Emperador á sus buques, molestarían bastante en la inmediacion de las costas marroquíes. En las 200 leguas lo menos que de estas tiene el imperio sobre el Océano, solo Salé, que es el arsenal marítimo, Tánger y Sueira ó Mogador, son plazas de alguna importancia. Ambas y Larache fueron no hace mucho tiempo bombardeados, aquellas por los franceses y el último por los austriacos. Además, no pasa de 4,500 el total de personal marítimo entre oficiales, soldados, marinería, constructores, empleados y operarios. Excepto Rusia y Prusia, todas las naciones del mundo se han rebajado hasta el punto de hacer pactos con Marruecos. El actual emperador ha hecho varios tratados con algunas naciones europeas, pero siempre se ha visto precisado á conceder lo que se le exigia.

(4) En 1853.

En cuanto á los parques y repuestos de guerra, el imperio puede decirse que absolutamente carece de material. Veinte piezas de campaña en el palacio imperial de la ciudad de Marruecos, á donde tienen que venir á servir las artilleras de Mogador; dos de la misma clase en Chaourna, servidas por renegados españoles; tres malas piezas de plaza en Arsila, algunas tambien malas en Teza y Tetuan, bastantes mas y mejores con algunos morteros, pedreros ó piezas de superior calibre en Tánger, Mogador y Rabat ó Salé, puede decirse que constituyen la mejor parte de la artillería marroquí. Esta carece totalmente de obuses.

Las fortalezas del imperio que tienen guarniciones permanentes mas ó menos numerosas, son: Tetuan, Tánger, Larache, Fez, Mequinez, Alkassar, Fez-Gedid, Salé y Rabat, Dar-el-Bayda, Alcazaba, Azamor, Marruecos, Keit Rosum, Gerari, Roia, Vled-Auvar, Mazagan, Ducala, Mogador ó Saira, Abdat, Xedma, Demneste, Tarudante, Hagat, Agadir ó Santa Cruz, El-Medgara, Erisani, Casar-Mulei-Mamun, Taflete y algunas otras menos importantes. Tánger, Larache, Safi, Salé y Rabat, Azamor, Mogador y Mazagan, son las mejores plazas del imperio. Ninguna de ellas puede sufrir por algunos dias el sitio de un ejército europeo. Guarnecidas por pequeños destacamentos y débiles milicias locales, excepto las de Fez, Mequinez, Marruecos y Tánger, presentaban todas hace poco tiempo sus débiles y antiguas murallas dispuestas á desplomarse al primer disparo del cañon de batir. Ksar-el-Kebir ó Al-Kasar-Kebir, no lejos de Tánger, Tagats en el corazon del Atlas, Subeit, Mansura, Fedala, Calaat-el-Vad, Sofrú, Guer, Tegeget, El-Madina, Aghmat, Tefelne, Agadir, Tarudante, Mesa, Tagavost, Talen y los citados en el anterior párrafo, son todas plazas fuertes de Marruecos. Uchda, junto á la frontera de la Argelia al Noroeste de esta, es tambien plaza de guerra, pero en la actualidad el empe-

rador la tiene desguarnecida, en prueba de fidelidad y confianza hácia los franceses sus vecinos:

Todas las plazas citadas de la costa, que tienen alguna importancia, cayeron un día en manos de los españoles ó de los portugueses.

Hé aquí enumeradas las fuerzas militares de toda especie con que cuenta el imperio de Marruecos, cuyos moros nos hostilizan y cuya conquista tanto nos conviene. Añádase á esto el carácter insurreccionario de la mayor parte de sus naturales, la cual es inculta; el despotismo y la arbitrariedad con que se ven regidos y maltratados; las injustas exacciones con que se los agobia por medio de los negros Abid-el-Bukkari, detestados en el país; el ningun patriotismo y el carácter venal de aquella abyecta poblacion, de la cual son la mejor parte algunas familias que se jactan todavía de descender de españoles allí emigrados, y que conservan sus apellidos; considérese, por fin, su ignorancia absoluta de la ciencia y arte militar moderno, y véase hasta dónde pudieran llevarse en este país las glorias y los triunfos de nuestra actual infantería, que es una de las mejores de Europa.»

III.

Hecha la anterior reseña de los medios de resistencia que puede oponernos el imperio de Marruecos, si sacudiendo nuestro Gobierno el marasmo de tantos años, se dispone á tomar una vigorosa iniciativa en el Riff, para justificar la agresion, debemos examinar si nos asiste el derecho de invadir el territorio de los antiguos nómidas.

Si un *abanicazo* dado por el dey de Argel al embajador de Francia, sirvió de pretexto para que el débil é impopular ministerio Polignac, con aplauso del pueblo francés y del mundo civilizado, lanzase una formidable expedicion para limpiar aquel foco de piratas, echando los cimientos de la estensa y magnífica colonia actual, ¿cuántos mas motivos tiene España para vengar ultrages en el Riff, cuyos bárbaros moradores, con tanta alevosía, pertinacia y encarnizamiento nos hostilizan á balazos?

Una de dos; ó el Sultan no puede, ó no quiere reprimir las piraterías que sistemáticamente ejercen los moros del Riff, robando, saqueando y conduciendo prisioneras, cuando no las degüellan, las tripulaciones de los barcos mercantes que

las olas arrojan á sus numerosas calas y ensenadas, además de los continuos ataques que sufre la guarnicion de Melilla, de cuyas murallas nadie puede alejarse cien pasos sin pagar con la cabeza su imprudencia. Si lo primero, es decir, si carece de ascendiente moral, ó no dispone de la suficiente fuerza para hacerse respetar de sus súbditos, la seguridad de nuestras posesiones, continuamente bloqueadas, nos colocan en la necesidad de tomar represalias, aniquilando las guaridas de la morisma, y adelantando tierra adentro lo que sea necesario nuestras líneas. Si no quiere impedir los excesos de sus súbditos, claro es que á España asiste doble é incuestionable derecho para declararle francamente la guerra, invadiendo su territorio.

Y no se nos arguya que los tratados vigentes relevan al emperador de reprimir, si es que no tiene bastante autoridad y fuerza para ello, las crueldades de los kabilas; porque si aquellos existen, que no lo dudamos, al ver la excesiva paciencia, ó la pusilanimidad de nuestros gobiernos, deben rasgarse con la espada puesto que no se cumplen; porque á su abrigo, no hay que dudarlo, el déspota marroquí acecha un descuido de nuestras guarniciones para apoderarse de ellas. La experiencia demuestra que esa gente es refractaria á la observancia de los tratados, y hay necesidad de usar argumentos mas enérgicos que los empleados por la diplomacia: traduce la dulzura por timidez, y la prudencia por impotencia ó cobardía.

Como en política, desgraciadamente, no basta tener derecho para exigir satisfaccion con las armas de los ultrajes que un Estado pueda inferir á otro, máxime cuando á este se le considera débil, es menester muchas veces, casi todas, subordinar la razon á las exigencias de la diplomacia, y á lo que los gobiernos ó los pueblos que se consideran fuertes por egoismo denominan equilibrio europeo, será preciso dirigir una rápida ojeada á las potencias de Europa que podrian di-

recta ó indirectamente oponerse á que, usando del derecho que nos asiste, lanzásemos nuestros regimientos á las playas del Riff, y mandase España en caso necesario una escuadra frente á las plazas de guerra de Marruecos.

En primer término aparecen las dos naciones mas grandes y mas ricas del globo; ambas rivales: Francia é Inglaterra.

Sea porque prevalidas de su prepotencia y proximidad, directamente influyen y ejercen cierta presion sobre los destinos de nuestra patria, ó ya porque se hallan interesadas mas que ningun otro Estado europeo en la cuestion que ventilamos, naturalmente debemos tratar de alejar su enojo, pero sin menoscabo de nuestra dignidad, procurando que al menos permanezcan neutrales, porque su neutralidad nos es muy preciosa. Reflexionemos un poco.

No es de suponer que ambas potencias se uniesen para cohibir á la nacion española, su aliada, tomar represalias de sus enemigos; porque nuestras conquistas no empañarian ni amenguarían su poder marítimo ni terrestre: por desgracia, España, en la actualidad, es harto débil para que escite sus celos.

Mirada la cuestion bajo el punto de vista del derecho, nos parece que aun nos asiste igual, si no es mayor, que el que los franceses pueden aducir para llevar sus armas victoriosas hasta el desierto de Sahara, arrojando á los árabes al corazon del Africa, y corriéndose al O. hasta las fronteras de Marruecos y á la vista de nuestras posesiones. Otro tanto podemos decir de los ingleses en la colonia del Cabo de Buena-Esperanza, que no se limitan solo á conservarla de los ataques de los cafres y hotentotes. ¿No marchan actualmente las dos naciones unidas en la guerra de la China? ¿No usan de los argumentos del cañon para persuadir á los tártaros, obligándoles á abrir sus puertos al comercio europeo? Convengamos, pues,

en que *colectivamente* Francia y la Gran Bretaña, moralmente, no pueden, no deben oponer á España obstáculos.

Inglaterra, por sí sola, es presumible que no intervenga, porque todo lo que nosotros podamos adquirir en Africa, tendrá de menos Francia su rival, supuestas las miras de esta nacion de correrse y dominar, por lo menos, hasta el cabo Espartel, último límite del Africa septentrional en direccion O. Preferirá que el dominio español se estienda hasta aquel punto, á que el imperio se enseñoree de él, amenazando en este caso á la importante colonia de Gibraltar. Por otro lado, no olvidemos que la guerra de la India absorbe toda su atencion.

Francia es un pueblo grande y bastante generoso para que intentemos inferirle una ofensa, abrigando temores de que pudiera oponerse á que vengásemos antiguos agravios en el Riff y Marruecos: su política no la consideramos tan estrecha y egoista, que á cambio de un territorio de unos centenares de leguas cuadradas, habitado por algunos miles de hombres sin Dios ni ley, y cuya dominacion le costaria sacrificios, rompiese con una potencia antigua aliada, que mas de una vez le ha mostrado bien á su costa lo que alcanza el denuedo de sus hijos. A Francia le interesa nuestra amistad, tanto como á España la suya.

Rusia no podria mirar con recelo el que estendiésemos nuestro dominio; y nos inclinamos á creer, que lejos de poner obstáculos, veria con cierta fruicion el que España adquiriese alguna influencia preponderante en el litoral africano, si no á espensas de la Gran Bretaña y Francia, rivales marítimas de aquella potencia, á lo menos la suficiente para equilibrar el poderío de la última en el Mediterráneo, que algunos políticos de allende el Pirineo quisieran convertir en lago francés.

Las mismas consideraciones podemos aducir respecto á

Prusia y Austria. Como naciones continentales y de escaso litoral y marina de guerra, no es siquiera presumible que se mezcláran en nuestros asuntos en una cuestion agena á sus intereses. Por haber sido en algunas ocasiones insultado su pabellon por los moros, y recientemente herido un principe de la primera nacion, con escándalo de la Europa, deben contemplar con gusto el que impidamos á esa chusma que reproduzca sus fechorías, vengando los ultrajes que infiere á la humanidad.

Nada diremos de la Turquía. Aunque por la soberanía espiritual del Sultan, como pontífice de Mahoma, sobre los sectarios de la media luna, quisiera oponerse á nuestra espedicion á Marruecos, harto hará con poner puntales para que no se desplome su heterogéneo, vacilante y carcomido imperio. El Estado que tiene que transigir con un virey rebelde, para no presenciar la ruina y reparticion del antiguo imperio bizantino, ya casi presa su capital por los victoriosos soldados egipcios de Ibrahim-Bajá, y que sin la intervencion de las grandes potencias que conjuraron la tormenta, hubiera sucumbido, no se halla en situacion de prestar auxilio á otro Estado por mas que le ligen las creencias religiosas.

Las naciones secundarias ayudarian á España moralmente, porque no teniendo intereses encontrados y siendo una mision civilizadora y comercial la que debe conducirnos al Africa, aunque con el indispensable aparato bélico, sus simpatías estarian con nosotros.

Réstanos solamente hablar algo de los Estados- Unidos de América.

Algunos opinarán que, viéndose España comprometida en la guerra en el territorio de la antigua Mauritania, aquella nacion aprovecharia la coyuntura para proteger directa ó indirectamente las espediciones filibusteras contra la codiciada isla de Cuba. Posible fuera, que soliviantados los yan-

kees trataran de probar fortuna; mas la misma razon creemos que tienen en el dia para buscar aventuras, porque es bien sabido que si entrevieran alguna probabilidad de éxito, no es gente tan escrupulosa, que por rendir culto á los fueros de la justicia y al derecho de gentes, se abstudiese de hacer una *diversion* militar. Caras, sin embargo, les han costado á los filibusteros sus intenciones, y á fuerza de escarmientos, creemos que tendrian mas dosis de cordura. A un gran pueblo que tiene la conciencia de su derecho, y las bayonetas de un bizarro ejército para su defensa, no se le amedrenta con el *bú* de los *yankees*. Como somos de opinion que el peligro de las Antillas no está en los *revolvers* americanos, sino en las medidas mas ó menos acertadas del Gobierno de la Metrópoli y en la lealtad y bizarría de nuestros soldados, poca importancia debemos prestar á los bulliciosos *meetings* de los anexionistas de Nueva-Orleans.

Concediendo que nuestra hermosa joya tarde ó temprano se desprenda de la Corona de Castilla, razon de mas para que se procure con tiempo una compensacion.

Opinamos, pues, que la Europa no podria mirar con recelo el engrandecimiento de España, dirigiendo como se dirigirán sus esfuerzos á civilizar y colonizar las regiones que se hallan situadas al norte del Atlas; porque aparte de los grandes resultados humanitarios que producirá la expedicion y á la que todos los pueblos de la culta Europa acompañarian con sus simpatías, el comercio continental se halla interesado en abrir esa parte del Africa tan rica como atrasada, á la industria de todas las naciones.

Aun á riesgo de que se nos tache de difusos, hemos querido poner en relieve los anteriores razonamientos, para disipar los temores de las gentes meticulosas que opinan que España permanezca en un bochornoso *statu quo*, en cambio de evitar un conflicto europeo de que no hay ninguna pro-

babilidad. Afortunadamente la inmensa mayoría de los españoles mirará la cuestion bajo su punto de vista verdadero, y acariciando el anhelado instante de sacudir nuestra oprobiosa y característica apatía, prestará al Gobierno toda su cooperación moral, sin distincion de matices políticos, si comprendiendo este las aspiraciones nacionales, se decide á obrar con energía.

Sentado el supuesto de que la corte de Marruecos con solos sus recursos tuviera que habérselas con España, dirijamos una rápida ojeada á la historia, sin recordar lejanos hechos, y concretemos las investigaciones á nuestra memorable lucha de la Independencia, para que comparando el triste estado en que se encontraba la España de 1808 con la España de 1858, saquemos la consecuencia de nuestro actual poderío.

En aquella época la altiva nacion ibérica se hallaba pobre, sin recursos; con una corte corrompida; con un Gobierno débil é impotente; con nuestras principales plazas de guerra en poder de los franceses, cuyas águilas habian penetrado en las estensas llanuras de Castilla, amenazando matar la nacionalidad española; con un ejército diseminado y bisoño, y poco numeroso; con escaso material de guerra; con una poblacion que apenas llegaba á once millones de almas; teniendo que atender, en fin, á la conservacion de numerosas colonias, hermosa herencia de las homéricas hazañas de los Cortés, Pizarros y Alvarados, y que contagiadas con el gérmen de la insurreccion, sucesivamente han ido desprendiéndose de la dominacion española; entonces, repetimos, ricos solo en patriotismo, conseguimos rechazar con gloria las victoriosas legiones del Capitan del siglo, humillando el orgullo de los vencedores de Marengo y de Jena, y contribuyendo con el heróico ejemplo y esfuerzo de nuestros padres á que la Europa atónita despertara de su letargo, y arrojase al coloso á la roca de Santa Elena. España quiso ser li-

bre, y lo fué. ¡Lástima que los diplomáticos españoles en el Congreso de Viena, no supiesen utilizar en provecho de su patria tantas victorias y sacrificios!

¿Puede compararse aquel estado con el actual? Hoy contamos con un tercio mas de poblacion, con mayor crédito, y nuestra patria ha entrado, aunque trabajosamente, en una senda de progreso y civilizacion; ¿y vacilamos en rechazar la agresion de algunos miles de foragidos sin Dios ni ley? A fé que tan repetidos insultos inferidos á cualquiera de las naciones mas secundarias de Europa, al ducado de Parma ó al Principado de Monaco, por ejemplo, dudamos que hubieran sido sufridos con tanta calma y resignacion. Si la paciencia es una virtud preferente á los ojos de Dios, mucho adelantado tienen nuestros gobernantes en el camino del cielo. Y no se nos diga que no existe paridad en las circunstancias; pues agresion injusta fué la de los franceses en 1808, y como tal debemos considerar la de los moros, aunque mas impotente.

Se nos objetará por algunos que en 1808 estábamos unidos, y alrededor de la bandera nacional se agrupaban todos los españoles, y que así nuestros padres pudieron dirigir colectivamente sus esfuerzos, al paso que hoy nos encontramos divididos y destrozados por nuestras interminables contiendas civiles.

No hay que olvidar que muchas personas de algun saber é influencia formaban en aquel tiempo el partido *afrancesado*, que no era tan escaso como algunos suponen. Pasando por alto esto, si aquella guerra fué unánime, eminentemente nacional, no lo seria menos la conquista del territorio del Riff, y en caso necesario y si las circunstancias lo exigiesen, la toma de algunas plazas del litoral de Marruecos. Lo aseguramos sin temor de engañarnos, que tanto el poderoso como el humilde, el aristócrata como el plebeyo, el rico como el pobre, el comerciante como el labrador, el soldado como el

paisano, desde los hombres de *La Discusion* á los de *La Esperanza*, en fin, todo hombre que sintiese latir en su corazon sangre española, se asociaria y aplaudiria al gobierno que tomase la iniciativa en esta cuestion tan vital para la honra, porvenir y prosperidad de esta patria tan desventurada. Las pasiones políticas callarian ante el interés y la gloria nacional.

En España á la voz del patriotismo, cuando la dignidad del país se halla comprometida, no hay mas que un partido y este es el grande, el fuerte, el compacto partido nacional.

Al tratar de llevar á cabo una empresa tan árdua como es la expedicion al Africa, naturalmente se tropezará con un escollo; habrá muchos que conviniendo en la necesidad de tomar una enérgica resolucion, opinen que la falta de recursos, que en España es el caballo de batalla y la rémora de todo pensamiento elevado, impedirá al Gobierno realizar aquella aspiracion nacional.

En España, sin embargo, el presupuesto general de gastos asciende á cerca de dos mil millones de reales anuales, y de esta enorme suma algunas partidas se podrian descartar cuya aplicacion fuese menos preferente que el asunto de que nos estamos ocupando. Sin que tratemos de analizar la buena ó mala inversion de los fondos de un presupuesto tan elevado, bien se puede asegurar que un pueblo que paga dos mil millones, se halla en disposicion de aplicar doscientos ó trescientos que se necesitarian para poner á cubierto el honor nacional, y que en último resultado serian gastos notablemente reproductivos. ¡Cuántos empréstitos se han levantado en esta nacion de despilfarros para cubrir atenciones mas secundarias!

El pueblo español aun en épocas mas calamitosas, no ha escaseado sus tesoros para empresas de menos importancia y resultados.

Si á Isabel I le hubiese arredrado la escasez de fondos, quizá Colon no descubriera el Nuevo Continente ; ni tampoco Napoleon dado cima á su célebre campaña de Italia con unos soldados desnudos y hambrientos, á detenerle aquella consideracion.

En la gigantesca guerra de Crimea ¿qué conflictos no hubieran sobrevenido al gobierno francés, si republicanos y legitimistas, todos á porfia, ricos y pobres, dando tregua á las ardientes luchas políticas, y con un patriotismo digno de elogio, no se hubiesen apresurado á facilitarle cuantiosos recursos? Es que comprendieron que el honor y la dignidad nacional comprometidos, exigía de todos los franceses un gran sacrificio, y respondieron unánimes al patriótico llamamiento, dejando para despues de terminada la lucha, el dirimir sus contiendas. Cuando el todo se halla en peligro, á nadie le preocupa la parte.

Estamos, pues, firmemente persuadidos, que en España no faltarian imitadores de aquella patriótica conducta, y el Gobierno podria contar con suficientes recursos para llevar á cabo la expedicion del Riff.

En todo caso, no se alcanza la gloria sin hacer sacrificios para conquistarla.

IV.

Hoy se halla al frente de los consejos de la Corona un ilustre general que á sus indisputables talentos militares reúne una energía poco comun. El general conde de Lucena , cuyas dotes como militar organizador, hasta sus mas encarnizados enemigos se apresuran á concederle , creemos sea una garantía para esperar que tomará una enérgica iniciativa en la cuestion del Riff. Hemos oido asegurar que en 1856 trató de organizar una respetable expedicion para castigar los repetidos ataques de los moros , que imprimen una verdadera afrenta en el pueblo español; pero su caída ministerial acaecida en el mes de Octubre , hizo fracasar el plan. Si en 1858 el general O'Donnell persiste en tan noble y patriótica resolucion , como lo esperamos confiadamente , ¡cuánto se lo agradecerá el país! Este acto eclipsaría todos los demás de que está llena su magnífica vida militar.

Lo que importa es iniciar la cuestion , dar el primer paso, persuadidos como nos hallamos , que una vez comprometida España en la lucha , todos los Ministerios que se vayan sucediendo , cualquiera que sea el partido á que se hallen afi-

liados, seguirán rigurosamente las huellas trazadas por sus antecesores; y en este asunto no les faltará el decidido apoyo de la universalidad de la nación.

La conquista de Argel la emprendió el partido legitimista; el gobierno de Luis Felipe prosiguió la obra con tesón por espacio de diez y ocho años, y no la descuidó el poder efímero y fugaz nacido de las barricadas de Febrero; y todo el mundo sabe la solicitud con que el emperador Napoleón se ocupa actualmente en engrandecer aquella estensa y hermosa colonia, cuyas aguerridas tropas fueron las primeras en batirse en los campos de la península Táurida.

Aunque hemos manifestado que no íbamos á proponer un plan de campaña, porque esto corresponde á los publicistas militares, y particularmente al Gobierno de S. M., séanos permitido, sin embargo, hacer algunas indicaciones.

Tenemos en el ejército un escedente de jefes y oficiales de reemplazo, cuya mayoría vejetá arrinconada sin esperanza de obtener colocacion activa en los cuerpos, consumiendo su virilidad en las escaseces consiguientes á su corto haber. Tal estado no es el mas á propósito para tener amor á la profesion de las armas, y la consecuencia es que abandonen y pierdan los hábitos militares. Utilizando estos jefes y oficiales, y formando con los penados militares y no militares de regular conducta y antecedentes, batallones disciplinarios como el que el general O'Donnell organizó en 1856 por vía de ensayo, y que tan escelentes resultados dió en varias salidas que hizo la guarnicion de Melilla, tendríamos una infantería que por su organizacion peculiar se hallaria en estado de prestar grandes servicios en una guerra que tanto halagá al instinto nacional, y que forma el carácter distintivo de nuestra raza. El espíritu aventurero de esta clase de tropas, ha hecho en todos tiempos grandes prodigios, y las proezas de los terribles almogávares en Oriente, las campañas de Italia, Flan-

des, Oran y América, antes y después del establecimiento de los ejércitos permanentes; la prodigiosa movilidad y la audacia de los cuerpos francos en las guerras de la Independencia y Sucesión, así como las bruscas y atrevidas evoluciones militares de los batallones vasco-navarros, que el génio organizador de Zumalacárregui supo imprimir al principiar la guerra de los siete años á aquellas improvisadas tropas, revelan con elocuentes hechos de lo que es capaz el denuedo español bien dirigido.

No deseamos evocar recuerdos de la desastrosa guerra civil; ambos ejércitos, constitucional y carlista, eran españoles; sus victorias como sus derrotas registrará la Historia en gloriosas páginas, y ellas probarán al mundo que á aunarse los esfuerzos de aquellas bizarras legiones contra un enemigo comun, otro seria el rango que ocupára en Europa la nacion española.

Recordamos á propósito un episodio de la accion de Irun. En 1837 cuando las tropas anglo-españolas penetraron en aquel pueblo, defendido por un puñado de carlistas, entre los prisioneros que cayeron en poder de las tropas de la Reina, se hallaba el jefe vascongado que mandaba á aquellos. Admirado el general constitucional de la tenacidad de una defensa tan bizarra, contra fuerzas infinitamente superiores, le preguntó qué móvil le habia inducido para prolongar una lucha sin ninguna esperanza de buen éxito. El comandante carlista contestó: «Mi general; los franceses me miraban desde las cumbres del Pirineo, los ingleses me atacaban, y yo soy español.» Palabras menos memorables que aquellas, pero proferidas por labios mas autorizados, la Historia ha trasmitido á la posteridad.

Al hacer una ligera indicacion de los *Cuerpos francos* y de su organizacion en batallones sueltos, que podrian ser muy útiles en una guerra como la del Riff, haciendo revivir por

sus condiciones especiales el *guerrillerismo* indígena de este país de los Merinos, Empecinados y Minas, no debemos pasar en silencio que el gobierno que adoptara este pensamiento, abriendo alistamientos voluntarios, que no tememos asegurar producirían excelentes resultados, tanto por el aliciente del botín, como por el espíritu aventurero de nuestro pueblo, conseguiría alejar de sí los elementos de perturbación, que aunque afortunadamente en España no abundan como en otros países, están dispuestos siempre á combatir por todas las causas. Con esta medida se economizaría el ejército regular, que no consideramos prudente ni acertado esponerlo sin el poderoso auxiliar de aquellas tropas de vanguardia. En todo caso, los jefes y oficiales de reemplazo, en muy corto tiempo conseguirían instruir á los voluntarios en la necesaria educación militar, dejándolos aptos para batirse con buen éxito contra las hordas del Riff. Así se libraba al país del recargo en el tributo que considera mas oneroso y odiado, la contribucion de sangre.

La recompensa que la patria podría dar á estos militares improvisados, tanto voluntarios como á los procedentes de los presidios, consistiría en cederles los terrenos que su bazarria agregase á la corona de Castilla para que los colonizaran, estableciendo un buen sistema de colonización militar, tomando por base lo que tuviese de bueno el de la de los rusos en las montañas del Cáucaso y de los franceses en la Argelia; eximiendo, por supuesto, á los colonos por cierto tiempo de quintas, contribuciones y otras gabelas. De este modo estos hombres volverían al seno de la sociedad moralizados, serían útiles á sí mismos, y servirían de barrera (4)

(4) En una Memoria secreta que un bizarro jefe que ha mandado en Melilla en estos últimos tiempos, nos han asegurado que ha elevado al Gobierno, se propone la idea de erigir en el campo infiel

á las correrías de los moros sucesivamente hasta que fueran adelantándose nuestras líneas, y quedasen á retaguardia de las mismas los terrenos ocupados. Nuestra ventajosa posición geográfica á la vista de las costas africanas y la facilidad para el transporte de tropas, municiones y demás pertrechos de guerra; á todo lo que se podía añadir á poco coste, el establecimiento de un cable eléctrico sub-marino desde Tarifa ó Algeciras á Ceuta, hacen considerar la campaña no tan erizada de dificultades como á primera vista parece: en el caso de un inesperado desastre, hasta la retirada está asegurada al abrigo de nuestras plazas de aquel litoral.

En diferentes ocasiones hemos tenido el gusto de oír hablar acerca de la necesidad de mandar una expedición al Africa, á jefes y oficiales de nuestro bizarro ejército. Los que dicen que los militares no desean abandonar la vida descansada y muelle de guarnición, para ir á buscar los azares, las incomodidades y la muerte en los campos de batalla en servicio de la patria, contando con la seguridad de ascender con las asonadas y pronunciamientos tan frecuentes en España, esos que esto dicen, repetimos, calumnian al ejército español; en sus filas hay oficiales entusiastas, de ardiente imaginación y

unas torres-castillos cubiertas de planchas de hierro, cuyo presupuesto se calcula en doce mil reales. Servirían para guarecerse los colonos cuando los moros tratasen de hostilizarlos en sus faenas del campo, siendo la distancia de unas á otras proporcionada para que se protegiesen mutuamente. Esta idea la creemos muy aceptable, porque como se ve, las torres servirían de frontera provisional hasta que nuestras sucesivas campañas las hiciesen innecesarias, dejándolas á retaguardia. Como los moros carecen de artillería de batir y las pocas piezas que tienen son casi inservibles, sus esfuerzos, que no podrían prolongarse mucho tiempo, serían impotentes para apoderarse de las torres. Se nos ha dicho también que por estar construidas de piedra, ladrillo y hierro, se hallarían imposibilitados de incendiarlas.

de patrióticos deseos, que pedirían voluntariamente el formar parte de la expedición del Riff. Esta guerra quitaría pretexto á los murmuradores y detractores del ejército, porque los grados que adquiriesen sus individuos, reconocerían por origen el valor y la pericia militar.

Si las pasiones políticas en este siglo de luchas constantes, de controversia, de ambición, de intrigas y de martirio, han quebrantado algunas veces los vínculos de la disciplina del ejército, no es esta una razón para desconfiar de su fidelidad cuando en todas las clases de la sociedad se encontrarán pocos que puedan vanagloriarse de no haber contribuido más ó menos directamente, y atropellando las leyes fundamentales del Estado, al triunfo de sus doctrinas. Sin que el ejército español tenga necesidad de que nuestra pobre pluma se consagre á su defensa, no tenemos inconveniente en asegurar que en las numerosas contiendas civiles por que ha pasado el país y ha tomado parte el ejército, más ó menos activa, nadie ha perdido más que esa misma institución tan combatida.

Por fortuna el ejército español, en cambio, tiene dadas insignes muestras de patriotismo, de cordura y lealtad en mil ocasiones, y á la voz del deber y de la dignidad nacional amenazada, marchará como siempre impávido á la pelea; siendo los mismos que pugnan por desatar los vínculos de su disciplina, los que llegado el caso, victoreasen frenéticamente los triunfos y pidiesen recompensas para premiar sus sacrificios en el campo de batalla.

Tanta verdad es que no puede haber sociedad, sea cual fuere su organización, sin ejército, ni existir este sin el poderoso resorte de la disciplina. Cuando á la sociedad amenaza un cataclismo; cuando peligran las instituciones liberales por las maquinaciones de los partidos extremos ó se halla en peligro la integridad de la patria, todo el mundo torna los ojos al ejército, como única áncora de salvación. En el estado

actual del mundo, no deja de ser una bella teoría las aspiraciones de los miembros del Congreso de la Paz.

Naturalmente ocurrirá á la mayoría de nuestros lectores que el buen éxito de la expedición al Riff, depende de la elección del jefe superior que tenga la honra y la responsabilidad de encargarse de una empresa de esta magnitud.

Nuestro estado mayor general del ejército registra una cifra numerosa de generales muy capaces; pero la opinión pública, que rara vez se engaña, ya sea por simpatía, ya por los merecimientos, juventud, valor, popularidad y demás prendas y á veces por instinto, suele designar un grupo de aquellos como mas á propósito para declinar la honra de una arriesgada empresa. Si fuera posible preguntar individualmente á todos los españoles los nombres de los candidatos, tenemos la firme convicción que, esceptuando los que estuviesen contagiados por preocupaciones políticas ó de partido, la universalidad citaria los de uno, cuatro, seis, ó á lo sumo una docena de generales.

Este fenómeno salta á la vista, sin que sea cosa fácil su explicación.

Es, pues, necesario que el general en jefe que mande las tropas, reúna aquel tacto, prudencia, entusiasmo, prestigio, conocimientos y demás dotes militares que tanto se recomiendan, por las fatales consecuencias que podrian sobrevenir de una elección poco meditada. Como esta cuestión no es ni cabe ser de partido, sino nacional, el mérito y solo el verdadero mérito debe prevalecer sobre otras consideraciones. Las mismas observaciones son aplicables á los oficiales generales inmediatamente inferiores.

Bonaparte, en su famosa expedición á Egipto, no se inmortalizó menos por sus exploraciones científicas en aquella tierra clásica de los prodigios, que por sus victoriosas campañas. Los sábios franceses Bertholet, Monge, Delamieux,

Dubois y otros, al regresar á Francia, y al fundar el célebre Instituto, enriquecieron á su patria con numerosas preciosidades; y los esperimentos é investigaciones que hicieron, las noticias que suministraron, han sido un venero de riqueza para la ciencia. La semilla arrojada por los soldados franceses en las riberas del Nilo, no ha dejado de germinar. La prueba palmaria de este aserto es, que el Egipto, por su organizacion política y los rápidos progresos que hace en la carrera de la civilizacion, mas parece un Estado europeo que un pueblo regido por los preceptos del Koran, apesar de los desesperados esfuerzos y de las sangrientas colisiones entre cristianos é infieles, promovidos por el viejo y fanático partido musulman.

Seria, pues, muy conveniente, que á llevarse á efecto la expedicion al Africa, fuese acompañada de comisiones científicas para estudiar la historia, costumbres é instituciones de ese embrutecido pueblo; llevando imprentas, litografías, y haciendo uso de la fotografía; ir domesticando su rudo carácter, familiarizándolo con nuestras leyes, ciencias, artes, y los adelantos de la moderna civilizacion, é introduciendo paulatinamente las sublimes máximas del Evangelio y de la moral cristiana, pero sin violentar sus creencias religiosas, porque nos espondríamos á terribles perturbaciones. La intolerancia produce efectos contrarios de los que se desea prevalezcan; y en este caso nunca seria posible la amalgama, que es la que se debe procurar. Es mas fácil la conquista, que conservar lo conquistado. No olvidemos que las guerras religiosas han cubierto al mundo de sangre y de ruinas, y que la caracteriza un ódio implacable y sanguinario que tarda muchos siglos en extinguirse. Por fortuna, han pasado aquellos fanáticos tiempos que dejaron un borron indeleble en la Historia. La divina religion del Crucificado no necesita de la fuerza material para su propagacion, bastán-dole la palabra.

Una proteccion decidida que se dispensase á la raza judía, que es la mas inteligente y activa en Marruecos, y que se compone de mercaderes casi en su totalidad, seria un gran elemento de civilizacion; y al par que librára á los judíos de la bárbara tiranía que ejercen con ellos los berberiscos, contribuiria á que echase raices la dominacion española.

En un país como aquel, cuya poblacion, obediendo á sus tradiciones é historia, hasta por instinto ha de manifestarse hostil á la influencia y dominacion extranjera, es prudente, y hasta necesario, apoyarse en la única raza que miraria á los españoles como á sus libertadores.

Una vez decidido el Gobierno á obrar con energía, no debe arredrarle ninguna consideracion, militando como militan á su lado el derecho y la fuerza. Pero antes de decidirse debe calcular los recursos de que podamos disponer, y reunir las tiendas para campamentos, camillas, bagajes, botiquines y demás utensilios necesarios para una campaña; poner en juego, en fin, todos los ramos dependientes de los Cuerpos de Administracion y Sanidad militar: para no comprometer la reputacion de nuestras armas y el buen nombre de la nacion española, para que no nos veamos espuestos á un descalabro; opinamos que no seria prudente que nos lanzásemos á una empresa sin contar con muchas probabilidades de buen éxito. Nada de alharacas ni de alardes de pueril arrogancia, para que si los resultados dejan de corresponder á las esperanzas, no nos espongamos á cubrirnos de ridículo á los ojos de la Europa.

V.

Nos hemos propuesto, principalmente, probar dos cosas en lo que llevamos escrito en el trabajo que nos ocupa. Primera, que á España asiste un derecho incuestionable para invadir los Estados del déspota marroquí. Segunda, que contando, como contamos, con recursos suficientes para ello, razones de dignidad nacional y conveniencia nos aconsejan acometer con resolución la empresa. Réstanos ahora enumerar las ventajas que proporcionaría á España el afianzamiento de nuestro poder en Africa; y sin pecar de optimistas, bien nos parece que podemos apuntar las siguientes:

1.^a Oponer un dique á las conquistas de los franceses, que amenazan envolver por el Sur nuestras actuales plazas fuertes, é imposibilitándonos de ejercer nuestra legítima influencia al otro lado del Estrecho, tienden á arruinar el futuro comercio español con aquellos países. Quizás cuando quisiéramos recuperar lo perdido fuese tarde, y al fin se vería precisada España á romper con el imperio francés, con menos probabilidades de salir airosa en la demanda; porque aquella potencia tendría mas elementos para neutralizar y rechazar nuestros esfuerzos.

2.^a Conservar y aumentar la importancia de la plaza de Ceuta, rival de Gibraltar, y segunda llave del Estrecho, neutralizando el poderío de esta célebre colonia, padron de ignominia para España, y que aun conservan los ingleses en *depósito*. A nadie se le ocultará que cuanto mas respetado y prepotente sea el pabellon español en las costas berberiscas, tanta mayor será nuestra influencia en el Mediterráneo y en los destinos de Europa.

3.^a Estinguir ó disminuir considerablemente la numerosa clase de reemplazo, que tanto preocupa á todos los ministros de la Guerra, dando á sus individuos colocacion en los cuerpos que se creáran, así como en los existentes que se pusieran en pié de guerra.

4.^a Cosa sabida por todos es el decaimiento á que ha quedado reducida en España la cria caballar, hasta el extremo de que en algunas críticas ocasiones, el gobierno se ha visto en la precision de apelar á las requisas, único medio de cubrir la dotacion de nuestros reducidos cuerpos de caballería y llenar las necesidades de la guerra. Aunque el Estado tiene por su cuenta varios establecimientos de remonta, sea por falta de recursos, sea por la carestía de los potros ó ya por otras circunstancias, es lo cierto que el contingente de caballos que marca el Reglamento para los regimientos del arma, no se cubre sino á duras penas. Y cuidado que España es la nacion que comparativamente á otras, y con relacion á las demás armas é institutos del ejército tiene menos caballería. Recordamos que cuando se organizó el escuadron de Guardias de la Reina, para elegir un centenar de caballos, se recurrió á los demás cuerpos, entresacando aquellos de mas alzada y mejores condiciones, é ignoramos si se consiguió cubrir el número. Esta falta desaparecería, porque los caballos árabes y berberiscos costarian menos y servirian mas.

5.^a Tanto por la escasez de cosechas que ha esperimen-

tado España en estos últimos años, sea por el estado político de Europa, ó mas bien á consecuencia de la guerra de Oriente, el resultado es que la Península se ha visto envuelta en un conflicto, que desgraciadamente aun no ha terminado, por la carestía de cereales; hallándose los gobernantes en la necesidad de importar cantidades inmensas de trigo y de maiz para cortar los progresos del mal que amenazaba un fuerte sacudimiento social, y haciendo el *caldo gordo*, segun una frase vulgar, pero muy gráfica, á los especuladores de la miseria pública. Tal peligro, si no llegaba á desaparecer por completo en lo sucesivo, al menos se mitigarian sus terribles efectos, aprovechando los granos sobrantes de las feraces campañas de Fez y Mequinez, tan luego como el pabellon nacional dominase en aquellos países; con la favorable circunstancia que los cereales y otros infinitos artículos importados, contribuirían á mantener y dar vida á los ferro-carriles andaluces.

6.^a El pueblo español, de suyo impresionable y entusiasta, como todo pueblo meridional, y ávido de emociones que hagan latir sus fibras mas sensibles, viendo que el Gobierno iniciaba una política fuerte en el exterior y que abria una válvula al sentimiento nacional, oprimido y destrozado por nuestras mezquinas y estériles luchas políticas; el pueblo español, decimos, templando la oposicion que se hace á todo ministerio, convergeria sus miradas á un teatro mas digno de su grandeza. El gobierno, pues, que tuviera la fortuna de vivificar y entusiasmar el apagado espíritu nacional, galvanizado á fuerza de estériles sacudimientos, acometiendo una gloriosa empresa, habria conseguido matar los partidos, en la buena acepcion de esta palabra. El entusiasmo que producian en nuestra juventud las hazañas de los zuavos en la guerra de Crimea, hasta el estremo de prohibirlas como glorias españolas por servir en el ejército francés muchos de

nuestros compatriotas, prueban, hasta qué punto la actual generación, que carece de historia militar contemporánea, llevaría su patriotismo el día que un ejército español desembarcando en las playas del Africa, estuviese en estado de operar contra nuestros encarnizados enemigos. El estado violento, precario y grave de la sociedad española, se deriva, no hay que dudarlo, de la falta de iniciativa y de grandeza en el exterior.

7.ª Varias veces se ha lamentado la prensa periódica de la emigración de los habitantes de nuestras provincias del Norte, que á millares van á varios puntos de América (1), y

(1) El 25 de febrero de este año se dió á la vela desde el puerto de Pasages el bergantin francés *Le Maréchal Exélmann*, conduciendo á su bordo un número considerable de individuos de ambos sexos, la mayoría vascos españoles, que dejaban su patria en busca de otra adoptiva que les fuese menos ingrata. A los diez días de navegación, según se nos asegura, se desarrolló á bordo la terrible epidemia de la viruela, que produjo nueve víctimas. La pluma se resiste á describir las horrorosas angustias de aquellos nuevos Jasones en el largo período de 96 días que tardó el buque en echar el ancla en la rada de Buenos-Aires, á donde se dirigía. Solo un milagro de la Providencia pudo salvar de la muerte á la totalidad de sus tripulantes y pasajeros, encerrados y oprimidos en el reducido casco de un bergantin mercante.

Hemos recibido una carta suscrita por un individuo que fué en el buque, en la que con las mas amargas frases y los colores mas lúgubres, pinta los horrores de su situación, el hambre, las enfermedades y la muerte. Con solo manifestar que el consul español en Buenos-Aires, indignado justamente de tanta iniquidad, procedió á la formación de un sumario, está dicho todo. Como la carta á que nos referimos hace graves inculpaciones, nos reservamos dar mas detalles y llamar con energía la atención de las autoridades sobre este impío tráfico de sangre humana, para cuando recibamos el diario de la navegación, que impreso en un periódico de Buenos-Aires, nos han prometido remitir.

de las de los países de la costa del Mediterráneo, que principalmente nutren á la colonia francesa de la Argelia, llevando en particular los primeros, el corazón henchido de ilusiones, que después de verse en tan lejanas tierras explotada su sencillez y credulidad, se torna en amarga decepción. A tantos infelices, para abandonar sus hogares y familias con la probabilidad de no regresar á su patria, les estimula algo más que la codicia, la necesidad. De tan funesta inclinación, fortificada á prueba de desengaños, sobreviene naturalmente la despoblación, la ruina de la agricultura y de las artes, que tanta necesidad de brazos reclaman y que con tan lamentable indiferencia se mira en España. Este mal, creemos que desaparecería con gran ventaja del país y de los emigrantes, si utilizando el Gobierno aquella predisposición, aunque fuera mejor combatirla prudentemente, colonizase con estos hombres los feraces campos de Berbería.

Emigración por emigración, la elección no sería dudosa.

8.^a Desde que se extinguieron las comunidades religiosas, que por término medio albergaban en sus conventos de 70 á 80,000 personas; este número ha tenido necesidad de vivir de algún modo. Según el principio de física, que dos cuerpos á la vez no pueden caber en un mismo espacio, mientras se restableciera el equilibrio interrumpido por tanta muchedumbre, á la juventud le ha sido más difícil hallar donde ocuparse. Por desgracia, las artes y la industria nacional no han adquirido el desarrollo proporcionado á nuestras necesidades, y no han podido dar cabida á la gente sobrante; entre otras causas, los pocos años trascurridos desde aquel acontecimiento y la plaga de las discordias civiles, han impedido su realización. ¿Cuál es la consecuencia forzosa de este desequilibrio? Que infinidad de jóvenes de mérito, exhaustos de recursos, viendo que la política les brindaba á ejercer

su fogosa actividad, se lanzasen resueltamente á la arena periodística, envenenando á veces, por desgracia, las discusiones públicas, y engrosando, en fin, las filas de las numerosas falanges de aspirantes á *empleos*. Cosa muy natural.

Si la campaña de Africa se lleva á efecto en una escala proporcionada, ¿no podrian utilizarse los méritos de esa ardiente y entusiasta juventud, dándola colocacion en los varios servicios que por necesidad se estableciesen? Por de pronto contribuiria, si no á la estincion, porque esto no es posible hoy, al menos al aminoramiento de la *empleomania*, cáncer que corroe á la sociedad española.

9.^a La guerra del Africa serviria de escuela práctica de instruccion para nuestro ejército. Por mas disciplinado y brillante que se encuentre, no puede adquirir aquel aplomo, serenidad y el convencimiento de su propio valer, ínterin el bautismo de sangre no llegue á sancionar su bizarría.

A esa generacion militar llamada á acrecer nuestras glorias nacionales, se le presentaba ancho campo para que imitando las hazañas de los ilustres capitanes que ha producido en todas épocas España, reverdeciese los laureles ya marchitos de las Navas, Otumba, Cerinola, Pavía y Zaragoza. La nacion española, generosa siempre con los guerreros que á costa de su sangre defienden en los campos de batalla la honra y la dignidad de su patria, concederia el merecido galardón á sus esfuerzos y sacrificios.

• 10. Ultimamenté, lo que produciria incalculables beneficios, el complemento de la ocupacion de la patria de los nómadas y mauritanos por raza española, seria el incremento y vuelo que nuestra naciente industria y comercio adquiririan. El comercio es el vehículo de la civilizacion; el mejor barómetro para apreciar el grado de cultura y prosperidad de un pueblo: la vida y el bienestar se difunden y multiplican por los países sometidos á su benéfico influjo; en fin,